

POETA

Invencible tristeza al obscurecer, sobre todo. Las sombras de la noche parece que nacen en mí y envuelven al mundo.

DON PRUDENCIO

¿Todas las tardes á la misma hora?

POETA

Siempre al anochecer.

DON PRUDENCIO

Fiebre intermitente... Tendrás que tomar quinina. Voy á ponerte la receta; después un régimen reconstituyente: hierro, fósforo... Esa sangre está empobrecida, y esos nervios muy excitados.

POETA

¡Sangre!... ¡Nervios!... ¿No hay nada más en mí? ¡Ay, no! Mi cuerpo podría deshacerse en polvo; y mi alma sonreír ante su ruina, si este mal fuera solo físico.

DON PRUDENCIO

No será malo que tomes unos glóbulos de cafeína: voy á ponerte otra receta... Y ejercicio, mucho ejercicio, y buscar una ocupación. Si quisieras volver al pueblo...

POETA

No.

DON PRUDENCIO

Si te casaras con una muchacha honrada y bonita, de aquellas sencillotas, que, reproduciéndote en diez ó doce chiquillos, te asegurara la inmortalidad mejor que tus vanos ensueños.

POETA

¡Acaso tiene usted razón, don Prudencio! Pero no tengo voluntad. Dios, la suerte ó mi locura, harán de mí lo que quieran, ó sin quererlo nadie, de un modo ciego, brutal, será de mí... lo que sea. Ya veremos; con esa curiosidad viviré.



DON PRUDENCIO

Adiós, perdido. Tú toma esas cosillas, y después hablaremos.

## ESCENA III

POETA

Consejos fríos y razonados de los que pueden darse á cualquiera. Un mudo abrazo hubiera hecho mayor bien á mi corazón. No necesito que sequen mi llanto; necesito que lloren conmigo. ¡Un beso, Dios mío! ¡Una mano cariñosa que se pose sobre mi frente abrasada! No pido la muerte, el sueño solo, y con él no la calma y el silencio, que simulan la muerte; no; ¡quiero soñar!... Mis ojos se cierran, y mis labios, entreabiertos, imploran otros labios. *(Queda adormecido.)*

## ESCENA IV

El POETA y la MUSA que aparece de un modo fantástico.

MUSA

¡Pobre Poeta!... ¡pobre niño!

POETA

¿Quién eres?... ¿por dónde has entrado?...

MUSA

¿Qué te importa mi nombre? Amor, amistad, esperanza, poesía; el que más dulce resuene en tu corazón, el que tenga para ti acentos más gratos y mejor pueda consolar-te. ¿Cómo he llegado á tí? Yo sé llegar á todas partes donde puedo ser comprendida, y tú me comprendes; ¿no es verdad? Te he visto sufrir con dolor inmenso: eso me ha bastado para venir á tí... Lloro, llora, poeta. El laurel solo verdece regado con lágrimas; pero



á través de ellas, quiero mostrar á tus ojos la luz que ha de surgir en tu espíritu de esas sombras que hoy le entristecen. Cada lágrima tuya será después un verso sobre el papel, no ritmo vano sin expresión, grato cosquilleo del oído y nada más; no, santificados por el dolor serán tus versos de inmortal poesía, y hallarán eco en cuantos corazones sufrieron como tú. En ti hallarán expresado lo que ellos sintieron sin poderlo expresar. Intérprete de sus vagos anhelos, en ti hallarán un alma confidente, hermana de la suya... Llorar, poeta: los versos que hacen llorar, solo después de haber llorado se escriben. Los que contigo lloren, te darán gloria en pago... ¡Gloria!... ¿No sientes que tu pecho se dilata ante esa noble ambición del inmortal espíritu?

## POETA

¿No es tu voz, falsa profecía, el ¡Macbeth serás rey! de infernal mensajero, que me arrojé á una lucha desesperada, y todo ¿porqué? por un sueño, menos aún, por la ilusión de un sueño?

## MUSA

No. Creo en tí. Digno eres de sentir esa noble ambición. Yo sé bien dónde acudo. Descubro en ti la señal del elegido. ¿No la descubres tú? ¿No lamentabas poco ha la dualidad de tu ser, la discordancia entre el bien anhelado y los males que ocasionas á tu pesar? ¿No observas cómo en todas las acciones de tu vida, al destrozar una mitad de tu alma en su lucha, la otra mitad se conserva inmutable? ¿No ves cómo al sentir sin razonar de una parte, de otra razones tus sentimientos con análisis frío? ¿No has observado cómo en vez de evitar el dolor, le buscas, á veces, con refinada voluptad? Es que tu sentimiento halla en tu inteligencia delicadas formas de expresión; es que sabes purificarle con alambicadas sutilezas, y así sufres dos veces: por ti, como por ti primero; después, al expresar tus quejas, ya embellecidas por el arte, con más dulce tristeza, cual si de otro te fueran contadas. Por eso eres poeta, porque tus lágrimas tienen palabras. Bien sé que por eso mismo os calumnian. Di-



cen que si sabéis cantar vuestro dolor es porque hay en él algo de artificioso y rebuscado, que os permiterazonarle; que vuestros afectos son curiosidad de experimentación; que los dolores sinceros son mudos. Podrá ser así en rimadores y juglares de profesión; pero en vosotros, poetas, cada acento sentido de vuestra lira es una vibración del alma, que, acaso, ha destrozado antes una fibra de vuestro corazón. Y no solo en vosotros, en el mundo, percibís tristezas ignoradas, que los demás contemplan indiferentes, con burlona sonrisa acaso: hondos abismos donde nadie penetra; luchas sordas, que nadie adivina ocultas... Sí, Poeta, hay en ti hiperestesia para el dolor—perdona el tecnicismo;—pero Musa del siglo XIX, me complazco en alardear de sabiduría, ni me consintieran tampoco la infantil ignorancia de otros tiempos para mí más felices, cuando todo era nuevo para la humanidad y con más sencillez podía expresarme. Ya me han hecho decir tantas cosas, que no sé cómo decir algo nuevo, ni cómo renovar lo envejecido. En la Naturaleza primitiva, agreste y salvaje, como ella

todo era en mí sencillez y verdad. Mis acentos se ajustaban á la Naturaleza de tal suerte, que una era su placidez en noche serena, y una la sencilla admiración en que yo la expresaba; uno el chocar de sus elementos, el brammar de sus tempestades, y uno el terror respetuoso que de mí se apoderaba. Feroz era mi acento en el odio y dulce como arrullo en el amor; sincero mi llanto en la tristeza y franca mi risotada en la alegría. Después me han torturado de mil maneras; me han vestido éxtraños ropajes, ceñidos unos, hasta impedirme todo movimiento; holgados otros, hasta el impudor. Unos anacrónicos, mezcla de siglos y de razas: cabello empolvado con túnica griega, férrea armadura sobre percal francés... Ahora, ya no saben qué hacer de mí. Hay quien pretende darme muerte; pero si mi forma varía con lo variable, mi espíritu es inmortal en lo eterno.

POETA

¡Inmortal!...



MUSA

Como tú lo serás si tienes fe y poso un beso sobre tu frente.

POETA

¡Fe! En mí no la tengo. La ciencia me condena á la inacción ó á la locura.

MUSA

¡La ciencia! Deja que mire con telescopio al sol y con escalpelo anatomice tus alas, y con microscopio tus ojos, y de tan meditado estudio deduzca la imposibilidad de resistir con tus débiles fuerzas la combustión del astro. Vuela, vuela hasta el sol y mírale de frente.

POETA

¡Cómo tus palabras me infunden aliento!...  
¡Cómo comprendo que nací para amarte!...  
Solo pensaba en morir, y ahora la vida me parece más hermosa. Nada esperaba, y ahora, creo y espero.

MUSA

Ten fe en mí, entonces. Yo te pronostico la gloria: trabaja sin descanso.

POETA

¿Y bastará la gloria á satisfacerme? ¿Bastará á hacerme olvidar el amor?

MUSA

La satisfacción del amor propio hace olvidarlo todo. ¿Cuándo dejáis de amar, orgullosos mortales, sino cuando vuestro amor propio, disfrazado de dignidad, os advierte que no debéis amar?

POETA

Pero ¿seré amado algún día?

MUSA

Conquista la gloria, después vendrá el amor, sobre todo si con la gloria has conquistado la opulencia.



POETA

¡Eso dices!

MUSA

Perdona... Musa de mi siglo, no puedo menos de ser escéptica.

POETA

Pero ¿seré inmortal?... ¿Y si lo soy? ¿En qué consiste esa inmortalidad? ¿Serán mis obras admiradas eternamente!... Pero ¿gozaré yo de esa admiración?... ¿Me sentiré vivir al través de los siglos siempre yo, siempre el mismo, con el recuerdo de mi vida pasada, inmutable en mi esencia, eterno en mi espíritu?... ¡Ay... no lo creo!... Al caer en polvo, podrá en cada una de sus partículas existir algo de lo que yo fui; pero yo entero, yo con mis recuerdos, yo pudiendo gozar de mi transformación, yo esparcido en el Universo y sintiéndome total, sin embargo, no. Moriré todo... ¡Quién sabe! Acaso lo eterno sea la materia, que se transforma, y de tierra en flor, de flor en insecto, llega otra vez

á infundir un espíritu igual al que en mí vive... pero que ya no será el mío.

MUSA

¡Mucho inquieres!... Lo que pudiera responderte serían conjeturas fantásticas como las tuyas, nada cierto. Pero de tu inmortalidad, Poeta, ¿quién duda? No sé si la conciencia de tu yo subsistirá á través de la eternidad. ¡Qué importa! Como en tus hijos hay carne de tu carne, sangre de tu sangre, y aun en la parte espiritual ideas hijas de las tuyas y sentimientos que fueron tuyos; como por ellos luchas y te afanas, acaso porque sientes que en ellos continúas viviendo, y en ellos está tu vida futura, así, en tus obras, transmites el espíritu que les dió forma, y á través de los siglos vivirás despertando, al contacto de otros espíritus, las mismas ideas, los mismos sentimientos que animaron en ti. ¿No es esto la inmortalidad? ¿Que más quieres?

POETA

¡Oh... Musa... tu beso! (*Le besa.*)



## MUSA

Adiós. El dolor ha humanado lo que en  
ti hay de divino: mi beso diviniza lo que hay  
en ti de humano.

FIN